

***“Con el alma en una nube y el cuerpo como un lamento,
viene el problema del pueblo, viene el maestro.
El cura cree que es ateo y el alcalde comunista
y el cabo, jefe de puesto, piensa que es un anarquista.”
Patxi Andion***

Ser maestro o ser maestra nunca ha sido una posición cómoda, su salario tantas veces peleado paro tras paro, no es realmente un buen salario. Las gentes hablan de que los sindicatos obreros realizan paro tras paro para pedir más aumentos, puede ser cierto, a pesar de ello, la profesión docente es una de las peor pagadas en América Latina y en Colombia.

Un docente no trabaja solo en el horario de presencia en la institución escolar, las gentes dicen que ser maestro o maestra es muy bueno porque al medio día ya se van para la casa. Ciertamente, pasado el medio día llegan a sus viviendas, pero no a descansar sino a continuar trabajando. La gente debe tener en cuenta que la calificación de trabajos y exámenes, la revisión de cuadernos, la preparación de clase y la búsqueda de materiales hacen parte fundamental del quehacer docente, actividades todas que en la mayoría de casos, maestros y maestra, realizan en sus hogares.

En los pueblos pequeños y veredas aún se conserva cierto aire de respeto y reconocimiento a sus profesoras y profesores, los niños y niñas les ven como los responsables del conocimiento y las familias confían en su labor y la entienden como esencial para la formación de esas personitas en proceso de crecimiento. En las grandes ciudades ese marco de respeto y reconocimiento se ha diluido, existe sin duda, pero en menor medida a la del área rural.

Obviamente, dicha autoridad tiene mucho que ver con la violencia que se ha ordenado desde las retrógradas y represivas oficinas del poder tradicional en Colombia. Ninguna otra labor profesional ha sido tan perseguida y criminalizada con la del profesor y profesora del sector rural, los pequeños poblados y las grandes urbes. Los diversos informes y las publicaciones especializadas en seguimiento a las violaciones a los Derechos Humanos y al Derecho Internacional Humanitario, coinciden en presentar la victimización de docentes, como una de las más altas.

Porque en el campo y también en la ciudad la voz comprometida de una maestra o de un maestro ha sido luz eficaz en el camino de la lucha por la dignidad humana. Cuando las comunidades han decidido emprender la lucha por sus reivindicaciones y convicciones han contado con la presencia de la escuela, los colegios y las universidades. No ha sido la educación y sus protagonistas ausente de la búsqueda de una Colombia Nueva o de una Nueva Colombia.

Y allí donde la escuela ha cumplido con su labor, ahí donde profesores y profesoras han decidido con coherencia y rectitud educar para la vida y la libertad, allí y allá donde la Comunidad Educativa ha tenido maestros y maestras, estudiantes de todas las edades y condiciones se han levantado, a veces contra la misma escuela o universidad porque no está respondiendo a las necesidades de sus entornos, a veces contra otros sectores de la comunidad educativa, incluyendo el profesorado, que no está actuando como su profesión le exige y a veces, la mayoría de hecho, contra la injusticia económica, política, cultural, social y ambiental que las élites y sus malos gobiernos han perpetuado.

Ser la profe o el profe no ha sido fácil, no es fácil, ni será fácil jamás, pero, ser estudiante tampoco es un paseo, la buena educación forma personas y las personas no tragan entero, menos las personas que dedicadas al trabajo de estudiantes, van comprendiendo que la realidad no es como la pintan y que para tener la Colombia soñada, se debe colorear el mundo de otra manera. Esfuerzo que dolorosa y terriblemente muchas veces usa el rojo sangre y cristal de la lágrima y el grito.

En esta exposición, como dice la sabiduría popular, esa que atraviesa la escuela pero está más allá de los siglos, “no están todos los que son, pero son todos los que están”. Los nombres de las mujeres y los hombres, docentes y estudiantes, aquí reivindicados son algunos de la larga lista de crímenes atroces contra la educación y contra el pensamiento crítico.

Mientras la tiranía permanezca la rebeldía tendrá en la educación una cuna, cuando la tiranía sea derrotada la sociedad necesitará la escuela para evitar nuevas injusticias y para atender con respeto a las víctimas que todo sistema genera.

Si la paz no respeta el derecho humano a la educación y si este derecho no se garantiza, con su grito contra la tiranía emergerá la escuela, el colegio y la universidad. Nunca ha podido, sistema alguno, callar la rebeldía de los que aman los libros, ni siquiera cuando han quemado los libros, la ignominia ha podido imponerse, porque la buena educación no sirve para formar rebaños.

La paz, la soñada paz, la cacareada paz, no podrá ser sin una educación para la vida, la libertad y la dignidad. La justicia no podrá ser sin maestros, maestras y estudiantes integrales y conscientes de su momento y su responsabilidad histórica.

Esta exposición no hubiese sido posible sin la investigación que han realizado diversas organizaciones sociales, sindicales, estudiantiles, de derechos humanos entre otras, que han aportado a la denuncia y recuperación de la Memoria de estos hechos, especialmente la red de derechos humanos del SUTEV Valle, el Proyecto Colombia Nunca Más y la Revista Noche y Niebla de la red de Bancos de Datos de Derechos Humanos y violencia Política que coordina el CINEP.

AUTORES Y AUTORAS

Equipo de trabajo

FUNDACIÓN GUAGUA

GALERÍA DE LA MEMORIA TIBERIO FERNÁNDEZ MAFLA

INVESTIGACIÓN, REDACCIÓN Y RECOPIACIÓN

Carmen Arnobis Mosquera

Carlina Caicedo

Leonardo Valencia

Delia Caicedo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Edgardo Mosquera Forero

CORRECCIÓN DE ESTILO

